



Amerika: MAGA, China, decadencia imperial y democracia

por John Keane

Tanto partidarios como opositores de Trump dan por sentado que Estados Unidos sigue siendo la mayor potencia del mundo. Sin embargo, el precipitado crecimiento de China y el desprestigio generalizado de la vida estadounidense hacen prever el futuro declive y colapso de un imperio.

Hay un viejo proverbio chino que dice que cuando soplan vientos de cambio algunas personas construyen muros mientras que otras construyen molinos de viento. El viejo proverbio tiene una nueva pertinencia hoy, pues nuestro mundo vive tiempos tormentosos marcados por una extraña subdivisión: la aparición de un nuevo y poderoso imperio chino de un tipo desconocido en la historia mundial y la retirada amurallada y el repliegue del imperio global estadounidense.

Entender esta dinámica mundial debería ser una prioridad para toda persona pensante, pero la tarea se ve obstaculizada por muchas fanfarronadas, propaganda y desinformación y por una idea generalizada de que las proclamas del presidente Trump sobre la renovación y la grandeza de Estados Unidos son correctas. Es cierto que tanto los partidarios como los observadores de la visión de Donald Trump son conscientes de que se avecina un duro camino. Pero incluso cuando se muestran dubitativos o abiertamente hostiles a los murmullos del nuevo presidente, incluida su

extraña orden ejecutiva contra los “molinos de viento”, toleran tácita o explícitamente su idea de que Estados Unidos sigue siendo la potencia mundial dominante y seguirá siendo hegemónico en el futuro inmediato. La reciente victoria de Trump, que los medios mostraron para sus audiencias hambrientas de significado como un momento de gran dramatismo, se ha interpretado como él quería que se interpretara, como un momento de esplendor estadounidense, como el comienzo (como cacareó en su toma de posesión de 2025) de una nueva “edad de oro” en la que Estados Unidos, a las puertas de los “cuatro mejores años de la historia estadounidense”, se sitúa como el país “más poderoso y respetado” de nuestro planeta.

Uno de los problemas de esta forma de pensar es su ceguera ante la forma en que Estados Unidos ha dilapidado su supremacía mundial y ha financiado el ascenso de su principal rival durante las últimas cuatro décadas. No importa la complacencia de los últimos tiempos con la Rusia de Putin. Pensemos en las desastrosas intervenciones militares, las guerras perdidas, la diplomacia chapucera al estilo Blinken y las mentiras, las cínicas violaciones del llamado “orden basado en normas”, y las burlas y risas que genera hoy la idea de que la democracia liberal al estilo estadounidense está en “retroceso”. Luego pensemos en esta enorme ironía histórica: el reconocimiento diplomático de la República Popular China y las subsiguientes contribuciones materiales de Estados Unidos a sus amplias reformas contribuyeron al retorno de China, tras dos siglos de sometimiento, y a su prominencia mundial.

Gracias a Estados Unidos, técnicamente hablando, China ya no es simplemente un “país” o una “gran potencia”. Es un imperio en ascenso. Si por imperio entendemos un sistema político de gran tamaño cuyo poder económico, gubernamental, diplomático, cultural y militar se extiende más allá de sus fronteras, entonces el hecho innegable es que China se está convirtiendo rápidamente en un imperio de alcance mundial. Este incipiente imperio no solo constituye un formidable desafío a la hegemonía mundial estadounidense y un rival mucho más sólido y decidido que la Unión Soviética. El nuevo imperio chino es, de hecho, la amenaza geopolítica más seria a la que se ha enfrentado Estados Unidos desde su fundación como república a finales del siglo XVIII.

Un nuevo imperio

Medidos por el total de activos, los cuatro mayores bancos del mundo son chinos. China ha superado a organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial y se ha convertido en el mayor acreedor mundial respaldado por sus propias instituciones de servicios financieros. China encabeza la rebelión global contra un sistema financiero mundial definido por el dólar estadounidense y su economía capitalista financiera rentista; a mediados

de 2023, por primera vez, el renminbi superó al dólar estadounidense en las transacciones transfronterizas de China. Con un superávit de casi un billón de dólares en 2024 –Estados Unidos no ha disfrutado de un superávit comercial desde 1975–, China es el mayor país comercial y propietario de la mitad de las patentes del mundo.

A pesar de los esfuerzos de Estados Unidos por “desvincularse” de China aplicando sanciones arancelarias, boicoteando sus productos y servicios y prohibiendo la venta e importación de nuevos equipos de comunicaciones de Huawei, ZTE y otras empresas chinas, la economía de China –a diferencia de la antigua Unión Soviética– es una economía política abierta configurada por grandes empresas vinculadas al gobierno central. Es una nueva especie de capitalismo de Estado que atrae importantes inversiones de grandes empresas extranjeras como Airbus SE, Samsung, Toyota, el gigante químico alemán BASF y el banco OCBC de Singapur y el fabricante de baterías de iones de litio Durapower Holdings. Mientras tanto, China produce un tercio de los productos manufacturados del mundo, más que Estados Unidos, Japón, Alemania, Corea del Sur y Gran Bretaña juntos. China es el principal socio comercial de bienes de la UE y la India. Es el principal inversor y comerciante en la zona de libre comercio más grande del mundo en África; y en América Latina, tras dos siglos de independencia del imperio español y de dependencia económica y militar de facto de Estados Unidos, países como Chile, Perú, Ecuador, Uruguay y Colombia se están acercando activamente a China.

Los grandes cambios globales demográficos también se están produciendo en China. Tras experimentar bajos niveles de esperanza de vida como los de Occidente hace un siglo, la esperanza de vida (78.6 años en 2022 frente a 51 en 1962, según datos del Banco Mundial) ha superado los niveles de Estados Unidos, donde la esperanza de vida sana al nacer ha ido disminuyendo. Fieles al sistema, guiados por las promesas de casa, coche y dinero, asiduos a los centros comerciales y expertos en el arte de mantener la cabeza gacha –“Sigue al Partido, pero escucha a tu mujer”, reza un chiste común–, la importancia social de las nuevas clases medias se ha visto impulsada por los estudios en el extranjero y las cuantiosas inversiones estatales en educación superior, que se han multiplicado casi por diez en las dos últimas décadas. China produce ahora más licenciados en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas que la India, Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido y Canadá juntos.

No hay que pasar por alto un hecho de una importancia trascendental: el Ejército Popular de Liberación y su estrategia de paz militarizada. El EPL es ahora el mayor ejército permanente del mundo, con dos millones de soldados respaldados por un arsenal nuclear en expansión, más submarinos que ninguna otra potencia y sofisticado material

militar. El EPL participa activamente en operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU. En Libia, Yemen y Sudán, el EPL ha evacuado con éxito a sus ciudadanos de zonas de conflicto. La colonización interna del Tíbet y la resolución de disputas con Estados vecinos, incluida la India, le han permitido fortalecerse.

La estrategia de paz militarizada del EPL está respaldada por un enorme complejo militar-industrial-aeroespacial que cuenta con megacompañías con nombres comerciales. China tiene aspiraciones de potencia espacial, da una gran importancia a la diplomacia inteligente y tiene un compromiso con un nuevo y formidable modelo de guerra que presupone, según el dicho chino, que “los melones arrancados de la vid no saben dulces”. El éxito en la guerra, según esta forma de pensar del EPL, exige autocontrol, tolerancia y la capacidad y voluntad de esperar (*wuwei*: no acción). Solo los tontos se precipitan hacia la guerra. Las guerras se ganan, o se evitan, superando a los oponentes, desgastando o atemorizando a los enemigos sin disparar un solo tiro.

Resiliencia imperial

La evidencia del fortalecimiento del poder global chino es inequívoca. También es obvio de dónde proviene su resistencia. Los gobernantes del Partido Comunista Chino (PCCh) llevan mucho tiempo cultivando métodos de gobierno inteligentes y estrategias de control de crisis en lo que ellos denominan una “democracia que funciona”. En el corazón del imperio, el gobierno adopta la forma de una “democracia fantasma” de partido único con características chinas. Es un sistema político de control centralizado mezclado con procedimientos anticorrupción, tribunales populares locales, detectores de alerta temprana y experimentos de responsabilidad gubernamental.

China, el primer imperio global nacido de la era de las comunicaciones digitales en red, no sucumbe a la arrogancia ni comete el error de los primeros imperios europeos modernos, que se apoderaron descaradamente de las rutas terrestres y marítimas, hacinaron violentamente a millones de personas de lenguas y culturas diferentes en Estados territoriales delimitados y dependieron funcionalmente de las capitales en su país y en sus colonias. China se expande de forma diferente. Sus empresas estatales e instituciones de gobierno prefieren los flujos ilimitados, los corredores de oportunidades, las fronteras abiertas y las transacciones a larga distancia. Más allá de sus fronteras, los gobernantes chinos fomentan la circulación rápida y sin restricciones de capitales, bienes y servicios, junto con la defensa de las instituciones de la ONU y la creación de nuevas instituciones transfronterizas, como los BRICS.

La cuestión es que China no es ni un imperio terrestre anticuado ni un imperio marítimo hambriento de territorios. Es un imperio preocupado por los flujos de capital, la difusión de las nuevas tecnologías de la información y los mercados globales para sus bienes y servicios a precios

competitivos. Conecta ciudades con ferrocarriles de alta velocidad, aeropuertos y rutas marítimas. Está construyendo redes mundiales de centros logísticos diseñados para unir aeropuertos, rutas ferroviarias y por carretera, puertos de carga que utilizan tecnologías de la información y robótica para aumentar la eficiencia y eficacia de los sistemas de entrega de paquetes e impulsar la capacidad de la cadena de frío para entregar alimentos, medicinas y vacunas en todo el mundo. Impulsada por su profunda dependencia de las redes de comunicaciones digitales, la movilidad fluida —y no la ocupación territorial— es la divisa del nuevo imperio chino.

Negación postimperial

Es posible que el joven imperio chino acabe siendo víctima involuntaria de choques por sorpresa y sacudidas imprevistas. Si eso llegara a ocurrir, ese fracaso arrojaría una maldición sobre el mundo entero, Estados Unidos incluido. Las cadenas de suministro mundiales se romperían. Las misiones de mantenimiento de la paz de la ONU se tambalearían; todo el sistema de la ONU, del que China es ahora el mayor financiador, se paralizaría. Podría estallar una catastrófica guerra incivil en el corazón de China. En busca de seguridad, decenas de millones de refugiados cruzarían sus fronteras hacia los territorios vecinos, con efectos desestabilizadores para la región.

Nadie puede decir todavía si estos resultados son probables o en qué medida, o lo que el colapso de una China demasiado grande para fracasar supondría en la práctica para el mundo. Por el momento, lo que hay que señalar es la otra cara de este escenario y el punto ciego más importante dentro de la mentalidad MAGA: su negativa neurótica a admitir que el propio imperio estadounidense está atrapado en una dinámica de declive a largo plazo a manos de un imperio global chino inusualmente resistente.

¿Cuáles son los síntomas del declive estadounidense? Los más evidentes son los desafíos económicos a su supremacía. El liderazgo al que aspira China en asuntos como la inversión y el comercio mundiales y la IA y las tecnologías digitales es innegable. Una amenaza igualmente formidable para el poder económico estadounidense es el impulso de China para romper el sistema del dólar mediante la globalización del renminbi a través de sus propios bancos estatales, medidas de intercambio de divisas, tenencias de oro, un nuevo sistema de pagos transfronterizos (CIPS) y una moneda electrónica regulada por el Estado.

Los entusiastas de MAGA y los funcionarios estadounidenses deberían estar preocupados por estas tendencias económicas, pero hay desafíos igualmente formidables a los que se enfrenta el imperio estadounidense. Consideremos la cuestión de la legitimidad. Los historiadores nos enseñan que los imperios duraderos siempre intentan camuflar su propia arrogancia convenciendo tanto a sus territorios como

a sus clientes y súbditos en el extranjero de que su poder es una fuerza para el bien.

Los dirigentes del PCCh lo saben. Contar bien la historia de China tiene para ellos una importancia estratégica excepcional. Lo que es significativo es la forma en que el joven imperio chino no está enmarcado por una única ideología dominante. Los símbolos desplegados por funcionarios del partido, diplomáticos y periodistas para justificar la expansión mundial del poder chino tienen una cualidad caleidoscópica de “yin-yang”. Hay mucha palabrería pragmática y empresarial sobre estabilidad y desarrollo, PIB, ganar dinero, enriquecerse y “prosperidad”. Pero los líderes del PCCh también pronuncian artículos de fe como “sociedad armoniosa”, “principios confucianos”, “Estado de derecho”, “democratización de las relaciones internacionales”, “civilización ecológica” y “antigua civilización china”. Otras frases habituales son “soberanía territorial” y “dignidad nacional”. “Paz”, “antiimperialismo” y “protección frente a enemigos extranjeros” son también palabras favoritas en su arsenal semántico. Y se habla mucho de “socialismo” mezclado con dosis de “marxismo”.

Independientemente de lo que se piense de la coherencia o veracidad de este vocabulario arcoíris, los dirigentes chinos y sus publicistas mediáticos son muy conscientes de los peligros para la reputación que entraña la rigidez ideológica. Sabedores de que quien siembra espinas cosecha heridas, quieren ser vistos como fuertes pero flexibles, unos servidores del “pueblo” duros pero benevolentes, firmes defensores de la paz planetaria, la creación de riqueza, la buena gobernanza y la resiliencia medioambiental. La ambigüedad intencionada y la turbia vaguedad permiten a los dirigentes chinos navegar con los vientos políticos y embaucar a sus enemigos. La ambigüedad reputacional les otorga fuerza política.

Por el contrario, el cuestionamiento global de la legitimidad del imperio estadounidense está aumentando rápidamente. Hubo un tiempo, especialmente en los años posteriores a 1945, en que la reputación de Estados Unidos era muy alta. Desde el siglo XIX, el imperio se había enorgullecido de su apoyo a la “democracia”, pero tras sus victorias en la Segunda Guerra Mundial tuvo vía libre para desempeñar el papel de defensor en jefe de la democracia y estoi-co guardián de todo el “mundo libre”. Estados Unidos era sinónimo de crecimiento económico y prosperidad compartida. Pero los tiempos están cambiando, y no para bien. El mundo está inundado de malas noticias sobre Estados Unidos, su doble moral, su política de grandes fortunas, su violencia armada, sus líderes habladores, sus infraestructuras de segunda y su decadencia social general.

Esto muestra que la luz de la democracia y la libertad en Estados Unidos se está apagando. En el frente interno, digan lo que digan, Trump y sus partidarios confirman la tendencia. Poco o nada les importa la democracia. Lo suyo es el

despotismo. Las sutilezas constitucionales no tienen sentido. Lo importante es el culto al héroe y la demagogia. Sus reglas son claras. Fortalecer el poder ejecutivo. Cruzar las líneas rojas. Desafiar las leyes y los precedentes legales existentes. Desconcertar a los ciudadanos emitiendo órdenes ejecutivas sin parar. Destituir arbitrariamente a inspectores generales, jueces y otros guardianes de la integridad pública. Reducir el poder de las asambleas legislativas para apropiarse del dinero de los impuestos y determinar su gasto. Pisotear los derechos de los trabajadores. Acabar con la ciudadanía por derecho de nacimiento. Congelar los programas de investigación, educación, ayuda social y ayuda exterior. Silenciar a los disidentes. Exigir la lealtad incondicional de los funcionarios. Denunciar a los periodistas y expertos que denuncien la mala conducta, la corrupción y la prevaricación como proveedores de noticias falsas de “extrema izquierda” y partidarios del “Estado profundo”.

Imperium militare

En su primera novela, publicada póstumamente como *Amerika* (1927), Franz Kafka se atrevió a retratar la Estatua de la Libertad bajo una nueva luz, con su brazo extendido en alto, blandiendo una espada larga y afilada. No podía imaginar la profundidad y amplitud de la militarización del imperio estadounidense. Aunque ha perdido casi todas las guerras desde 1945, Estados Unidos está permanentemente en guerra. Es, con diferencia, el mayor traficante mundial de armas; su ejército es el mayor contaminador mundial. Respaldado en la actualidad por una red de ochocientas bases militares en al menos 75 países, el gasto militar estadounidense es más de tres veces superior al de China y mayor que el de otros veinte grandes gobiernos juntos.

Desde su fundación como república, Estados Unidos ha invadido otros territorios casi cuatrocientas veces; más de una cuarta parte de estas invasiones se han producido desde el colapso de la Unión Soviética. Ha habido un número incalculable de golpes de Estado, asesinatos dirigidos por la CIA y operaciones encubiertas, aunque, como cabría esperar de un imperio que está perdiendo su control sobre el mundo, el ritmo de las intervenciones militares se ha acelerado recientemente.

El espíritu y la sustancia del militarismo están infectando incluso el corazón del imperio. La presidencia imperial ha despojado a los ciudadanos contribuyentes y portadores de armas de su voz en asuntos de guerra. El diseño y la ejecución de los objetivos y estrategias militares son secretos imperiales de alto nivel. Se envían tropas a las fronteras nacionales para proteger a Estados Unidos del azote de los inmigrantes no deseados. Los civiles indocumentados son acorralados en comunidades atemorizadas, arrojados a campos militares o deportados a Guantánamo. En consecuencia, la policía militarizada es la nueva moda. Agentes vestidos con uniforme de combate y armados con pistolas

aturdidoras, cañones de gas lacrimógeno, gas pimienta, rifles de asalto de francotirador, camiones blindados, drones y tanques son la nueva normalidad.

¿Y el futuro?

Superados por un imperio chino resistente en múltiples frentes, sufriendo una creciente sospecha pública en nuestro planeta, atrapados en una espiral mortal de belicismo, los que dirigen Estados Unidos están contribuyendo activamente a la larga historia del declive de los imperios, como en el caso otomano o británico. Solo una cosa es segura: el próximo desmoronamiento del imperio será un proceso prolongado, desordenado, doloroso y desagradable.

Nadie puede decir todavía si los dirigentes chinos acabarán eligiendo o se verán obligados a desempeñar el papel de imperio dominante en un orden mundial caótico y desordenado, a operar como fuerza mundial dominante en asuntos como la banca y las finanzas, la intermediación en acuerdos de paz y la gestión pública de problemas medioambientales. Bajo el mandato de Trump, que dice muchas cosas confusas y contradictorias sobre China, el mundo seguramente presenciara momentos de diálogo, cooperación y negociación intensa entre Estados Unidos y China, seguidos de amenazas de represalia y actos de venganza. En medio de estos tejemanejes, Estados Unidos no perderá de vista la realidad: en ámbitos tan diversos como las finanzas, el comercio y la inversión, la innovación tecnológica, el entretenimiento mediático y el armamento militar, la República Popular China seguirá superando y flanqueando a Estados Unidos. China construirá molinos de viento. Estados Unidos levantará barreras arancelarias y muros militares.

Puede que Estados Unidos lance una guerra a gran escala contra China. Con la promesa de poner fin al “continuo catálogo de acontecimientos catastróficos en el extranjero”, el discurso inaugural de Trump fue inequívoco: “Nuestras fuerzas armadas serán liberadas para centrarse en su única misión: derrotar a los enemigos de Estados Unidos.” China es evidentemente el enemigo número uno, pero para Estados Unidos una guerra sino-estadounidense seguramente resultaría en otro estancamiento militar o en una derrota total ante un oponente como el EPL de mayor tamaño, más paciente, astuto y bien equipado. El apoyo de los ciudadanos chinos a su régimen se vería reforzado; la opinión pública estadounidense estaría muy dividida. Puede que la opinión pública ni siquiera cuente: el mundo entero sufriría los costes medioambientales, de infraestructuras y de pérdida de vidas humanas de un conflicto que dejaría obsoleta la vieja distinción entre guerra “convencional” y “nuclear”, y sería una catástrofe global sin precedentes de la que nuestro planeta pudiera nunca recuperarse.

Independientemente de que Estados Unidos ejerza o no autocontrol militar a la hora de “tratar” con China, en el futuro probablemente la guerra seguirá en la agenda global

del hinchado complejo militar-industrial-académico estadounidense. Habrá aún más complicidad en las tragedias genocidas de Gaza y Cisjordania. Se ignorarán las guerras en “zonas destrozadas”; otras guerras terminarán en un estancamiento; otras se perderán rotundamente. Las guerras comerciales, las amenazas financieras y las represalias por inversiones serán moneda corriente. En esos campos, se multiplicarán los fracasos y las humillaciones, algunos de los cuales aún no son noticia, como el debilitamiento de la industria manufacturera por las guerras arancelarias, los picos de la deuda federal (que ya alcanza los 36 billones de dólares) avivados por los recortes fiscales a los ricos, y el declive silencioso pero constante del “dominio del dólar”, la desbancada gradual del papel global sobredimensionado del billete verde por la creciente cuota de las monedas de reserva no tradicionales, incluido el renminbi chino.

Por primera vez en la historia de la humanidad, la desaparición de un imperio tendrá la máxima cobertura mediática. La reducción gradual de América a una gran potencia fracasada y caída será retransmitida en directo al mundo entero. La bravuconería estadounidense será la otra cara de su creciente inseguridad. La prioridad de Estados Unidos será reducir sus pérdidas, deshacerse de obligaciones innecesarias y conservar sus activos de poder más valiosos todo el tiempo que pueda.

¿Democracia?

Los “aliados” democráticos de Estados Unidos no se librarán. La mayoría serán tratados, en el mejor de los casos, como meros socios comerciales, o como yacimientos de materias primas o bases militares convenientes. Las ententes que favorecen los intereses estadounidenses se multiplicarán. En apoyo de un Estados Unidos amurallado y aislado, habrá un soporte simbólico, que no se concretará en nada, a Taiwán, una asociación militar incondicional con Israel, relaciones alambradas con México y más proyectiles verbales disparados hacia el norte, en dirección a Canadá. Se aplicará universalmente la regla de Kissinger: ser enemigo de Estados Unidos será peligroso, pero ser su amigo será fatal.

El declive acelerado de Estados Unidos destruirá muchas ilusiones sobre la democracia. El viejo dicho de que “una democracia es incapaz de gobernar y gestionar un imperio” (como escribió Tucídides en la *Historia de la guerra del Peloponeso*) ya se está poniendo patas arriba. En los próximos años, el imperio se las arreglará sin democracia. Es la fea regla de la historia de los imperios. Cuando se elevan hacia su cenit, los imperios duraderos intentan resolver sus problemas de poder concediendo a algunos de sus súbditos lejanos una medida de autogobierno (como hace China en sus afirmaciones de no intervención en los asuntos de otros Estados, como hicieron los otomanos en su sistema millet de tribunales de justicia dirigidos por diferentes grupos confesionales, y como hicieron los británicos concediendo

el gobierno parlamentario a sus leales colonias blancas). Cuando los imperios están en declive, por el contrario, son malos perdedores. Se vuelven paranoicos, mezquinos, tacaños y belicosos.

A pesar de las luchas ciudadanas, un nuevo tipo de gobierno despótico se acelerará en el corazón del imperio estadounidense. Impulsado por el discurso estilo Trump sobre el “tremendo fraude, tremendo despilfarro” en el gobierno, el gobierno de “poligarcas” corporativos políticamente poderosos y ricos no hará más que florecer. Dentro de los círculos gobernantes, la política significará sobre todo que unos pocos digan al resto lo que tienen que hacer.

A los estadounidenses se les enseñó una vez en las escuelas que la democracia como forma de vida requiere una sociedad civil vibrante de ciudadanos libres e iguales, pero a medida que el imperio se reduce, a menos que llegue al poder un gobierno radicalmente distinto y comprometido con la redistribución de la riqueza, las lecciones se olvidarán. Florecerá la justicia ruda. Habrá más armas, tiroteos callejeros, detenciones de inmigrantes, misoginia, fanatismo religioso y falsedades en los medios de comunicación. Aumentará la ansiedad de la clase media y la convicción de la clase baja enfadada de que la democracia es una mera fachada de la plutocracia. El número de estadounidenses con poca fe en el futuro se multiplicará. Una considerable mayoría de ciudadanos (alrededor de seis de cada diez) afirma ya que la vida es peor hoy que hace cincuenta años. Dicen que en 2050 su economía será más débil, que Estados Unidos será menos importante en el mundo, que las divisiones políticas serán mayores y que habrá una brecha aún mayor entre pobres y ricos.

En el extranjero, en diversos entornos transfronterizos, Estados Unidos seguirá abandonando abiertamente los principios democráticos de reparto del poder, rendición de cuentas, Estado de derecho y justicia para los débiles. La orden ejecutiva para retirarse de la OMS –firmada el primer día del segundo mandato de la presidencia de Trump– es probablemente un presagio ominoso de lo que está por venir. Los esfuerzos por paralizar y dismantelar la ONU continuarán.

Pero ¿qué hay de las obligaciones de Estados Unidos con democracias territoriales como Canadá, Sudáfrica, Chile, la India, Australia, Nueva Zelanda, o Alemania, Francia y otros Estados miembros de la UE? También ellos se verán obligados a arreglárselas como puedan. El hecho de que se autodenominen democracias no tendrá importancia ni preocupará al tambaleante imperio.

A menos que intervenga la serendipia, amiga de la democracia, la consecuencia será que el mundo democrático vivirá algo parecido a una repetición del siglo pasado. En 1941, tras medio siglo de malestar social, estancamiento económico, dictadura, totalitarismo y guerra mundial, un año en el que el presidente Roosevelt pidió “proteger valientemente la

gran llama de la democracia del apagón de la barbarie”, solo once democracias parlamentarias habían conseguido preservar su independencia. Lo hicieron a base de arrimar el hombro y mantener las distancias, en la medida de sus posibilidades geográficas y emocionales, con las tendencias antidemocráticas de la época.

Para los demócratas y los gobiernos elegidos democráticamente en ciudades, organizaciones de la sociedad civil, Estados y organizaciones transfronterizas, estas tendencias y futuros tan inquietantes resultan igual de amenazadores que en aquellos tiempos oscuros. Es de esperar que, en las democracias restantes y en las nuevas democracias por venir, los ciudadanos y los representantes que elijan construyan escondites, refugios y ermitas democráticos. Utilizarán elecciones libres y justas para elegir gobiernos amotinados.

Enfrentados a despotismos al estilo ruso, a un imperio chino en ascenso y a un Estados Unidos enfadado y en retirada, los demócratas de todo el mundo deben darse cuenta de que este es un momento de oportunidad que no hay que desaprovechar, un punto de inflexión en el que el futuro de la democracia ya no depende de la aprobación y el apoyo de Estados Unidos. La democracia postimperial dependerá, en cambio, de la solidaridad de los sacudidos (la famosa frase de Jan Patočka) y del coraje, la inventiva y la determinación de quienes están siendo marginados, dejados atrás y acosados.

Los tiempos que corren son tan graves que es de esperar que el compromiso de los demócratas con la democracia refuerce su determinación de mantenerse firmes mientras buscan en todos los niveles del gobierno y de la vida social nuevos remedios para los males de la democracia representativa. Los demócratas de todas las convicciones se verán obligados a decir una y otra vez: puesto que el poder sin control es peligroso, y puesto que Estados Unidos está intentando sembrar la división y la desunión en su propio beneficio y políticamente ya no se puede confiar plenamente en él ni contar con él, la democracia, esta vez por razones muy distintas a las que suponían nuestros abuelos, es una virtud global indispensable, un requisito básico e innegociable en todas partes para desarrollar una vida decente y digna para las criaturas grandes y pequeñas de este planeta en peligro al que llamamos hogar. ~

Notas preparatorias elaboradas originalmente para la sesión “La política exterior de EE.UU. y sus implicaciones para la cooperación Asia-Pacífico”, Conferencia Anual del Foro de Boao para Asia, marzo de 2025.

Traducción del inglés de Ricardo Dudda.

JOHN KEANE es catedrático de política en la Universidad de Sídney. Entre sus libros recientes se encuentran *Breve historia de la democracia* (Antoni Bosch, 2022) y, con Baogang He, *China's galaxy empire. Wealth, power, war, and peace in the new Chinese century* (Oxford University Press, 2024).